

activa? ¿Soy capaz de adelantarme a la petición de ayuda, ofreciéndome espontáneamente cuando veo una necesidad? ¿Qué aprendo de la actitud de María?

3. Igual que Isabel, ¿soy capaz y estoy dispuesto a reconocer y apreciar el bien? ¿Cuándo y a quién he dirigido la última alabanza? ¿O sufro de envidia, considerando a los demás competidores y rivales, en lugar de hermanos comprometidos conmigo en la construcción de un mundo mejor?
4. ¿Mi oración es abierta, como la de María, a mi pequeña historia y a la gran historia? ¿Tengo una oración madura, variada y eclesial? ¿Soy capaz de alabar, agradecer, ofrecer y pedir ayuda, para modular la oración en todas sus posibilidades? Examinar la última semana.
5. ¿Me sigue diciendo algo una vida santa, semejante a la de María, que experimenta y manifiesta gozosamente la gracia de la salvación? Yo ¿de qué tengo que ser salvado?
6. ¿Creo que el nuevo pueblo de Dios que profetizó María se está construyendo todavía en la lucha contra el desorden moral y contra la injusticia social? Personalmente, ¿qué hago para ser parte viva de ese pueblo?

8

Nacimiento de Juan Bautista

Lc 1,57-80

Se ha terminado el tiempo de la larga y remota preparación que se llama Antiguo Testamento. También ha concluido el tiempo de la espera inmediata. La esperanza de ayer se ha convertido hoy en palpable realidad con el anuncio de una nueva vida, misteriosamente florecida en el desierto de la imposibilidad humana. Una vez más, Lucas conduce al lector por los meandros de pequeños y grandes acontecimientos para hacerle descubrir un significado superior.

El texto

129

⁵⁷ A Isabel se le cumplió el tiempo de su parto y dio a luz un hijo. ⁵⁸ Los vecinos y parientes, al enterarse del gran favor que el Señor le había hecho, fueron a felicitarla. ⁵⁹ A los ocho días llevaron a circuncidar al niño. Querían que se llamara Zacarías, como su padre. ⁶⁰ Pero su madre dijo: «No. Se llamará Juan». ⁶¹ Le advirtieron: «No hay nadie en tu familia que se llame así». ⁶² Preguntaron por señas al padre cómo quería que se llamase. ⁶³

Él pidió una tablilla y escribió: «Su nombre es Juan». Todos se quedaron admirados. ⁶⁴ Inmediatamente se le soltó la lengua y empezó a hablar bendiciendo a Dios. ⁶⁵ Todos los vecinos se llenaron de temor. Estas cosas se comentaban en toda la montaña de Judea. ⁶⁶ Todos los que las oían decían pensativos: «¿Qué llegará a ser este niño?». Porque la mano del Señor estaba con él.

⁶⁷ Zacarías, su padre, lleno de Espíritu Santo, profetizó así: ⁶⁸ «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha intervenido para liberar a su pueblo; ⁶⁹ nos ha suscitado un poderoso salvador en la casa de David, su siervo, ⁷⁰ como lo había anunciado desde antiguo por boca de sus santos profetas; ⁷¹ que nos libraría de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian, ⁷² mostrándose compasivo con nuestros padres, recordando su santa alianza ⁷³ y el juramento que hizo a nuestro padre Abrahán de concedernos que, ⁷⁴ liberados de las manos de nuestros enemigos, podamos servirle sin temor, ⁷⁵ con santidad y justicia ante Él toda nuestra vida. ⁷⁶ Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos, ⁷⁷ para anunciar a su pueblo la salvación, el perdón de sus pecados, ⁷⁸ gracias a la bondad misericordiosa de nuestro Dios, por la que nos visitará como el sol que nace de lo alto, ⁷⁹ para iluminar a los que yacen en tinieblas y en sombras de muerte, y para guiar nuestros pasos por el camino de la paz».

130

⁸⁰ El niño crecía y se fortalecía en el espíritu. Y vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel.

Temática y dinamismo

Terminado el díptico de las dos anunciaciones, la dirigida a Zacarías para Juan y la dirigida a Ma-

ría para Jesús, llegó el tiempo del nacimiento. La profecía o promesa cede el paso al cumplimiento. Se repite el esquema del paralelismo: primero, la historia del precursor; luego, la de Jesús. Ahora, nos detenemos en el nacimiento de Juan. Es un fragmento narrativo completo en sí mismo. Aislamos las dos unidades principales: la primera trata el nacimiento de Juan y su circuncisión (vv. 57-66); la segunda, el *Benedictus* de Zacarías (vv. 67-79), que funciona como final grandioso. En el cierre, el v. 80 concluye el primer capítulo con una referencia al crecimiento humano y espiritual de Juan, quien, en el desierto, se está preparando para su misión.

Comentario breve

Nacimiento y circuncisión de Juan (vv. 57-66)

Ahora se reanuda el hilo literario interrumpido en el v. 25, aunque, desde un punto de vista teológico, lo que hay en medio no desempeña ninguna acción de molestia, sino de complemento y clarificación. En efecto, ya sabemos que la historia de Juan y la de Jesús se desarrollan en un buscado y elegante paralelismo.

El v. 57 señala el cumplimiento del anuncio hecho por el ángel a Zacarías: «A Isabel se le cumplió el tiempo de su parto y dio a luz un hijo». Cesa el secreto, celosamente conservado, de la fu-

tura madre (cf Lc 1,24). El parto hace público el gran acontecimiento de un nacimiento fuera de lo ordinario. En el v. 58 está presente la alegría que ocupa buena parte del evangelio de la infancia de Lucas; en el caso presente, se benefician de ella «los vecinos y parientes». El contagio vale también para el bien, no sólo para el mal. En la frase «los vecinos y parientes, al enterarse del gran favor que el Señor le había hecho, fueron a felicitarla» se refleja, para un oído hebreo, el nombre de Juan, que recuerda continuamente la gracia, la misericordia de Dios.

132

Uno de los deberes de los padres para con el recién nacido era circuncidarlo. La circuncisión (etimológicamente, «cortar en torno») es la remoción del prepucio, es decir, de la piel que recubre el extremo del órgano genital masculino. De uso antiquísimo, pues se practicaba en Egipto ya en el tercer milenio a.C. y era conocida en muchos pueblos (moabitas, amonitas y árabes), en Israel había adquirido un significado religioso de pertenencia al pueblo elegido; era también la garantía de participar de las bendiciones prometidas. El texto fundamental de referencia es Gén 17,9-27. Todo judío observante se preocupaba de circuncidar a su propio hijo el octavo día. Será uno de los alardes de san Pablo, que expresará también en esto su escrupulosa observancia de la Ley (cf Flp 3,5). Zacarías e Isabel confirman con los hechos la lisonjera declaración de Lucas, situada al principio de su presentación: «Ambos eran justos

ante Dios, pues guardaban irreprochablemente todos los mandamientos y preceptos del Señor» (Lc 1,6).

En esta atmósfera de irreprochable religiosidad florece una anécdota con algún aspecto de *vis cómica*. El acto de la circuncisión, precisamente por ser signo de pertenencia al pueblo judío, le daba al neonato una identidad colectiva. Era también el momento de adquirir su identidad personal, pues en esa circunstancia se le imponía el nombre. Con frecuencia, ocurría que el nombre se refería al del padre o, en todo caso, al de alguien de la familia. Isabel se opone a llamarlo Zacarías, como habría sido lógico según las reglas. Debemos suponer que su marido la habría informado del comunicado angélico, que sugería el nombre de «Juan» (cf v. 14). La extrañeza de su elección no la comprenden sus parientes, que piensan lógicamente en preguntarle al padre. Este, imposibilitado para hablar, confirma el nombre sugerido por Isabel escribiendo: «Su nombre es Juan». En este momento se disuelve el castigo infligido por el ángel, y Zacarías recupera el uso de la palabra. El pequeño entra a formar parte del pueblo, recibe una identidad y su padre recupera el uso de la palabra. Es una concomitancia que permite «probar» una parte del mensaje angélico: «Muchos se alegrarán de su nacimiento [...] para reconciliar a los padres con los hijos y enseñar a los rebeldes la sabiduría de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (vv. 14.17).

Por tanto, un primer efecto prodigioso acompaña los primeros días de Juan. Siempre en la línea de lo extraordinario, aunque en tono menor, se sigue una doble reacción verbal. La primera es una cordial maravilla de muchos que se preguntan: «¿Qué llegará a ser este niño?» (v. 66). La pregunta no es ociosa ni expresión de pura curiosidad, pues viene de personas que, en presencia de estas cosas fuera de lo común, «las conservaban en su corazón». Es gente reflexiva, dispuesta a descodificar un cuadro nada fácil de introducir en los circuitos de lo cotidiano. Lucas confirma: «Porque la mano del Señor estaba con él» (v. 66). Con esta frase ya se ha tendido un puente hacia la actividad que ese enigmático niño realizará de adulto, y que el lector podrá seguir a partir del tercer capítulo de Lucas.

134

La segunda reacción verbal es la de Zacarías, padre de Juan, que entona el segundo cántico grandioso, el del *Benedictus*. Para cantar este himno de bendición, se le entrega el Espíritu, el que abre la inteligencia a la comprensión de los nuevos tiempos: «Zacarías, su padre, lleno de Espíritu Santo, profetizó así» (v. 67). Lucas parece insinuar entre líneas que sólo a la luz del Espíritu es posible tener el cuadro de la historia de la salvación, conectar, como en un puzzle gigantesco, todas las piezas que lo componen.

El cántico del *Benedictus* (vv. 67-69)

El sistema del paralelismo vale también para los dos cánticos, el del *Magnificat*, considerado más arriba, y el del *Benedictus*. Están emparentados porque se mueven en el clima típico del Antiguo Testamento, extendiendo la vista hacia el Nuevo, del que se pueden considerar una «ventana panorámica». Ambos son una meditación orante y en voz alta llevada a cabo por los dos protagonistas de los anuncios. Ambos son una celebración litúrgica entretejida con reminiscencias bíblicas, con enlace histórico con lo que ha sucedido y, sobre todo, con los grandes acontecimientos que están ocurriendo.

También con el *Benedictus* nos limitaremos a algunas consideraciones superficiales, omitiendo las problemáticas y refiriéndonos a estudios especializados para un comentario en profundidad.

A nivel literario, estamos en presencia de un texto solemne que, en el original griego de Lucas, se compone sólo de dos frases monumentales, los vv. 68-75 y los vv. 76-79. Estas son también las dos partes en que se subdivide. La primera canta fundamentalmente la misericordia divina y su fidelidad al pacto. La segunda se dirige al niño, instrumento privilegiado de esa fidelidad, y celebra su función de preparador. Parece una síntesis de la historia de la salvación que, ahora, se acerca a su vértice. La promesa y la alianza eran parte viva de la historia de Abrahán y de David; ahora

continúan, se integran y se llevan a su máxima expresión en la persona de Cristo. Su presencia en medio de su pueblo estimula la alabanza a Dios: «La razón principal para bendecir al Dios de Israel es lo que ha hecho por su pueblo en el Mesías Jesús» (R. E. Brown).

El comienzo es una celebración de Dios y de su misericordia, según un uso reconocido de los salmos: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, el único que hace maravillas» (Sal 72,18). Se bendice a Dios porque ha intervenido y lo ha hecho de forma clamorosa. Su intervención se confía a tres verbos: «Ha visitado... redimido... ha suscitado una fuerza de salvación». La «fuerza de salvación» de que habla el v. 69 es la traducción española, que formula, en términos más elegantes y más comprensibles para nuestra cultura, la expresión semítica «cuerno de salvación». Para determinados animales, el cuerno era el instrumento defensivo y ofensivo y ha pasado, por tanto, a describir la fuerza. Podríamos traducir el texto también con «Salvador fuerte».

136

En el himno no hay una referencia evidente al Mesías, pero es legítimo encontrarla, dados el contexto y la intención de Lucas. En la lógica de la disposición, Zacarías está cantando la fortaleza del Mesías. Esto correspondía a la expectativa judaica, pues una oración recitada todos los días por los judíos piadosos decía: «Haz que nazca pronto la semilla de tu siervo David y ensalza, con su ayuda, su cuerno. Bendito seas, *Adonai*, que

has hecho surgir el cuerno de la salvación». El Mesías llega al final de una larga historia que ha manifestado muchas intervenciones prodigiosas de Dios: los profetas lo han anunciado y cantado, el pueblo ha experimentado en varias ocasiones la salvación de sus enemigos que, de distintas maneras y en muchas ocasiones, han intentado eliminar o humillar a Israel. Los enemigos, como con frecuencia en el Antiguo Testamento, no deben entenderse en sentido puramente político, sino casi exclusivamente en sentido religioso. Son aquellos que no tienen como divinidad al Dios de Israel o quienes intentan apartar de Él la fe del pueblo. Un pueblo libre es aquel que puede desempeñar un servicio litúrgico regular, es decir, mantener con su Dios un contacto continuo y provechoso. El v. 74 no deja dudas acerca del sentido de la liberación, que tiene como objetivo primordial servir al Señor «sin temor, en santidad y justicia ante Él toda nuestra vida». En este caso, se verifica el ideal de un pueblo sacerdotal, que hace de la santidad el ideal de vida y de la observancia de la voluntad divina su estatuto.

La segunda parte es prácticamente una poesía augural. El padre se convierte en poeta. Asistimos al paso de lo universal a lo particular, del pueblo al hijo generado poco tiempo antes. Zacarías da testimonio de una sensibilidad atenta tanto al conjunto como al detalle. Es la sabiduría de reconocer que el todo es la combinación armoniosa de las partes individuales y que cada una

de estas contribuye a formar el conjunto. Ahora, él pone la mirada en el hijo y en la misión que se le ha confiado. Esto consiste, principalmente, en ir «delante del Señor a preparar sus caminos» (v. 76). La referencia podría extraerse de la experiencia histórica del segundo éxodo, la vuelta de Babilonia, la cual resuena en la referencia a Is 40,3 que hace de fondo del versículo que acabamos de citar. Aparte de la metáfora, el texto explicita la función de Juan así: «Para anunciar a su pueblo la salvación, el perdón de sus pecados» (v. 77). Recuperamos el concepto clave de «salvación», no entendida ya como liberación de los enemigos, de la que se ha hablado más arriba, sino como experiencia de perdón.

138

Será misión principal de Juan «predicar un bautismo de conversión» (Lc 3,3) y administrar el bautismo (cf 3,7). Quien lo recibía no era perdonado *ipso facto*, pues el de Juan no es todavía el sacramento cristiano, pero proporcionaba un «signo fuerte» de buena voluntad, expresaba públicamente el hecho de ser un pecador, de estar necesitado de cambiar de vida y de recibir el perdón. Así, los ánimos estaban «bien dispuestos» (cf Lc 1,17) para acoger al Mesías, al verdadero, que transformaba desde el interior. De esta forma, el «precursor» preparaba el camino al Mesías. Juan tenía que alejar la ceniza de la indiferencia y de la pereza, para que la llama del amor verdadero pudiera volver a arder. Pocos antes de él habían sido capaces de tanta novedad y, sobre todo, de